



HACIA UNA POLITICA INTERNACIONAL DE BASES DURADERAS

Marcelo Ramón Lascano

Diciembre de 2007

Deliberadamente no me detengo en áreas determinadas, simplemente porque entiendo que la política internacional debería configurar la expresión y síntesis de los objetivos y de las acciones conducentes al encumbramiento de la nación en el orden internacional y a conseguir la felicidad y el progreso del pueblo. Por cierto, en el enfoque adoptado, predominan aspectos económicos y financieros diferenciadores, que aunque circunscriban el tratamiento del tema, de ninguna manera contradicen lo expresado. Antes bien, lo confirman, habida cuenta que sobre todo en el ámbito internacional, política y economía parecen cuestiones inescindibles debido a las partes involucradas, las tradiciones, los entramados legales y los valores pasados y actuales en juego.

Para concebir una política económica internacional provechosa, parece que el criterio a adoptar debería, por lo menos, considerar un par de requisitos integradores para asegurar su éxito. En primer lugar, definir con rigor estratégico los objetivos que necesariamente deben relacionarse con el largo plazo, a menos que medien acontecimientos fortuitos o excepcionales que suelen exceder razonables previsiones humanas, máxime en un mundo cargado de sorpresas y de vacilantes códigos de conducta. En segundo lugar, parece necesario auscultar escrupulosamente y sin la interferencia de intereses ideológicos o económicos innecesarios o influyentes, qué se desprende del tablero mundial no sólo en términos de hegemonías y de alianzas, sean duraderas o circunstanciales, sino también de oportunidades.

En lo concerniente a los objetivos nacionales, parece verdad de Perogrullo afirmar que **el desarrollo con equidad, e independencia de tutelas foráneas**, debería estar a la vanguardia de los mismos. Este reclamo no supone propiciar definiciones autistas o especulativas de baja laya. Se trata de afirmar los campos de acción que responden a los intereses argentinos, por encima de alianzas efímeras o de escaso valor agregado social.

En esa inteligencia, una suerte de inventario de posibilidades nacionales disponibles y concretas debería servir como brújula orientadora para formular los cursos de acción internacional que la diplomacia ejecutaría. No resulta incompatible con ello saber aprovechar la generosa coyuntura internacional actual y al mismo tiempo **avanzar en la denominada economía de la inteligencia, cuyo porvenir es mas cierto, duradero y menos cíclico**.

Los cambios registrados en la distribución del poder mundial durante las últimas dos décadas son tan espectaculares y llenos de oportunidades que si no se los aprovecha, es mas por

miopía propia que por la influencia de perversas conjuras que desde luego siempre existen, pero para todos, no sólo contra nosotros, caso contrario los recién llegados no hubieran irrumpido como lo han sabido hacer.

Recuérdese que el mundo bipolar se derrumbó en 1989 con la caída del Muro de Berlín. Con este acontecimiento, se instala la hegemonía unipolar norteamericana que, entre otras cosas, pronto llega a su fin con la espectacular recuperación de Rusia. Este inesperado episodio da lugar a una suerte de nueva bipolaridad pero de diferente cuño. En efecto, ahora ambas potencias caminan de la mano de nuevos y ascendentes miembros que siempre están al acecho para seguir conquistando posiciones: China, Japón y la Unión Europea a pesar de su diversidad.

En la nueva atmósfera global, irrumpe con fuerza una pujante tercera línea, que si se le permite la licencia para simplificar, personifican La India, Brasil y la Unión Sudafricana, entre otros. Desafortunadamente, la Argentina a pesar de su desempeño tecnológico, sus tres premios Nóbel en Ciencias, sus diferentes climas, la calidez y calidad del grueso de su población, no sólo está lejos de ese umbral, sino de recuperar el tiempo perdido. No se trata de una visión apocalíptica sino de una constatación histórica. Hace un cuarto de siglo nuestros científicos enriquecieron el uranio, acontecimiento que admiró el mundo aunque con limitado provecho práctico debido a nuestra colosal indiferencia e imprevisión. En la década del cincuenta con la inauguración y explotación de la primera fábrica de aviones “a chorro” en la región sucedió algo parecido, sin lograr los réditos que la iniciativa auguraba para cimentar un posicionamiento merecido.

Bien. Una estrategia que sirva a los propósitos enunciados, que podrían sintetizarse en la búsqueda **del desarrollo pero de alta calidad**, reclama, además, **perseverancia en la consecución de sus objetivos y declinar definitivamente una pendularidad** de escasa trascendencia, al igual que una sumisión enfermiza como la que describen “las relaciones carnales”, que para colmo, no rinde beneficios ni es acreedora de respeto en la comunidad internacional.

Entonces, parece que una concepción estratégica regeneradora debería responder a los intereses objetivos y duraderos de la nación, con prescindencia de las alternancias en el ejercicio del poder o de sesgos ideológicos muy respetables, pero que podrían resultar incompatibles con las necesidades de la nación. Salvo durante el intervalo de los 90’, ha sido la continuidad histórica en materia nuclear y misilística, por ejemplo, la que nos ha permitido preservar un patrimonio y logros científicos de envergadura que, hasta el momento, salvan el orgullo nacional. En el camino han ido quedando proyectos y frustraciones de elevado costo evaluados en el contexto de los indicadores mundiales “ad usum”.

Durante los últimos años en el mundo se han ido perfilando algunas opciones programáticas que podrían servir de guía orientadora para adoptar definiciones correctas. De un lado, caso Chile en la región, rigen bilateralismo y diversificación de relaciones económicas y comerciales, observadas con singular realismo y sorprendente continuidad extra partidaria, que de consuno, han permitido al país sacar provecho en las diferentes coyunturas y geografías. Del otro, aparece Brasil, quien mientras dice apostar al MERCOSUR, sin embargo, tiende puentes allí donde un interés nacional atraiga, esto es, sin atarse a vinculaciones sin beneficios. Tanto Chile, como Brasil, han entendido la integración como un instrumento circunscrito al servicio de sus propósitos permanentes sin atarse definitivamente a alianzas poco prometedoras. Los vaivenes y la suerte del MERCOSUR, acaso sirvan de testimonio de empresas débilmente formuladas.

Por seguir con estos dos ejemplos, que bien pueden servir de referencia sobre lo que sucede en otras partes, Chile ha sabido tejer una significativa red de acuerdos que le dan gran soltura a su desempeño internacional. Brasil, desde otra posición de fuerza, se ha instalado en el mundo con tal

velocidad, que en poco más de un lustro con Petrobras a la cabeza ya opera en casi treinta países y provee de aeronaves a otros tantos con Embraer como envidiable nave insignia. En ambos casos fue la clara identificación de los intereses nacionales y específicas e invariables políticas de estado, las que han logrado una estrategia cuya armoniosa concepción no es ajena a la búsqueda de la afirmación internacional del país.

La rápida recuperación de Rusia desde una desintegradora caída, junto con la paulatina instalación de emergentes en las proximidades de la primera línea de la política mundial, léase China, la India, Sud África, Brasil, y tantos otros, demuestra, inobjetablemente, **que no es la integración la condición indispensable** para el acierto, sino y sin negar las ventajas de los emprendimientos comunes, la perseverancia en la acción, la fertilidad en las ideas y la rigurosa selección de objetivos realistas.

Parece que es la primacía de los intereses permanentes y no los deslumbramientos espasmódicos, la brújula que mejor orienta y consolida los logros de una nación en las siempre movedizas arenas de la vida internacional.